

CIUDAD

CLARA JANÉS

Evoco la ciudad y veo los nidos arbóreos —al caer la noche, el hombre trepaba a lo alto para dormir. El día era distinto; el día era andar cabizbajo, no perderse una baya, una espiga, un fruto maduro, poco más... Así pasaron siglos infinitos, luego se aprendió a cazar y a tratar con los animales...

Evoco la ciudad y veo los palafitos, las primeras tierras sembradas y cultivadas, los rebaños, los utensilios hechos con barro, la rueda —con ella el giro del tiempo deja muchos años atrás: 8.000 nos separan de este punto. El hombre ya no se recoge en los árboles ni en las cuevas, ni siquiera en las tiendas —ciudades movedizas—: ahora maneja el adobe, pronto el ladrillo, pasa a poner piedra sobre piedra...

Evoco la ciudad y veo una superficie cuadrada, símbolo de estabilidad, que a veces acompaña a su nombre (*Roma quadrata*), en contraposición con los campos nómadas que se colocaban en círculo, indicando movimiento (circular era también el Paraíso). Es un lugar mágico el del asentamiento y se estructura de modo que refleja el trayecto del sol y la posición de la Osa Mayor. En su centro se levanta una montaña o templo, un *axis mundi*, que lo parte en cruz, distribuye el espacio y refleja el orden celeste: los 12 signos del zodiaco, 12 como las piedras sobre las que se funda la Jerusalén celeste (jaspe, zafiro, calcedonia, esmeralda, sardónica, sardio, crisolito, berilo, topacio, crisoprasa, jacinto, amatista); doce como las doce puertas, tres por cada uno de los orientes, del muro que la protege.

Hubo un tiempo y un lugar en que durante los eclipses de sol y de luna, cuando los hombres sucumbían al pánico, se reunían en el centro del espacio habitado formando un cuadrado para salvarse. El lugar era China y allí, como en tantos sitios, la tierra era cuadrada y, además, dividida en cuadros. Por ello los antiguos emperadores, durante las ceremonias religiosas, llevaban vestidos cuadrados en su parte inferior y redondos en la superior, pues circular fue siempre no sólo el Paraíso, sino el cielo —circulares eran, como consecuencia, algunos monumentos funerarios o religiosos como los cromlech, el stonehenge, o

el antiguo templo zoroastriano que se hallaba en el actual Takt-e Suleymán (Trono de Salomón), en cuya Torre del fuego se conservaba la llama votiva, construido en torno a una laguna, que se creía sin fondo y de agua inagotable. También la ciudad que creció alrededor era redonda y redonda su muralla.

La ciudad es un mandala, en ella confluyen las cuatro direcciones del espacio y de ella emanan las cuatro regiones. Su virtud, de este modo, se extiende hasta los confines de la Tierra. La ciudad es un centro espiritual (*Heliópolis*, ciudad del sol, *Salem*, ciudad de la paz, *Beith-el*, casa de Dios...), y es un refugio, un enorme techo a cuyo amparo discurre la vida de los hombres en intercambio.

Hay un día de mercado y la plaza se llena de hortalizas, frutas, plantas, cacharros, artesanías, ropas que proceden de los lugares cercanos, y todo el mundo mira, cuchichea y se asombra de lo nunca antes visto. Hay ferias y se reúnen ganados, vinos, muebles antiguos, monedas, imágenes... Y hay también fiestas, discursos, teatro, verbenas, procesiones, y salen los dragones a recorrer las calles, se baila, se lanzan cohetes, suena la banda en los parques, se hacen carreras de todo tipo y concursos, se rompe la olla, se saltan las hogueras y se sueltan las vaquillas...

Hablar, esto es lo que la ciudad ofrece, una ruptura de la soledad, la formación de una cadena que va enlazando unas personas con otras, todas acogidas dentro de un recinto. Lo que en ella siente el hombre, incluso durante un paseo solitario, no es lo mismo que cuando se sitúa ante un paisaje, sean campos, llanuras o montes, sea un desierto poblado de hermosas dunas. Cara a su amplitud, la ecuación que relaciona el yo con la vida apunta necesariamente hacia el signo del infinito. La inmensidad de la naturaleza y la línea siempre alejada del horizonte destacan el hecho de que el poblador humano es un elemento más, minúsculo, que lleva a costas un enorme peso, algo a lo que se da el nombre de «desconocido», materia oscura del intelecto —que a veces lo acerca al agujero negro—, contra la que se debate sin cesar y contra la que va ganando

hitos poco a poco. Ante el desierto, como ante el cielo estrellado de la noche, el hombre se pierde, busca caminos en la arena que el viento muda sin cesar, o en la bóveda urania donde el temblor de los astros y sus avances velocísimos lo confunden. Y él puede dar cuenta sólo del área cuyo centro son sus dos pies en tierra, y cuyo círculo lo que abarca su mente —o su brazo extendido—.

En el paseo por la ciudad, en cambio, todo le invita a orientación. Las calles bien distribuidas, las plazas, los edificios solemnes, puntales de su estructura —templo, ayuntamiento, teatro—, los barrios e incluso las grandes avenidas. Pasear es dejar ir los pasos, y es pasar, y pasar una y otra vez, y reconocer. Por ello es también una vía para la memoria. El diálogo no sólo se establece con el hombre, en la ciudad, sino con sus calles, sus casas, sus rincones. Volver a un lugar es seguir el hilo de la identidad, la ciudad es el laberinto que de ser temeroso se convierte en descifrado y recorrerlo de nuevo es gozoso. Se ponen en pie los momentos perdidos, los deseos y los sueños. Bajar por una avenida hasta el puerto —cuando la urbe es puerto de mar— es ampliar el horizonte, ampliar el diálogo, ya que el mar habla de otras ciudades, abre inmensamente la vía de la posibilidad de encuentro. Pero no sólo eso, ver cómo se encarna la unión de tierra, agua y cielo, de las ignotas profundidades abisales, la superficie sosegante y la invitación al vuelo de la altura, puede transformarse en una secuencia filosófica, en una sucesión de ideas que indican avance hacia el sentido de la existencia, o al menos la determinación de sus coordenadas.

La ciudad se convierte entonces en un templo, en lugar de peregrinación. La Atenas del *Parménides* de Platón, según Proclo, era un mundo intermedio emblemático donde se encontraban los filósofos de la naturaleza y los de las ideas. Punto de cita, pues, para los pensadores, que pasaba a su espíritu del mismo modo que Compostela anidaba en el interior del peregrino o Ispahán envuelve el alma del fiel con sus mezquitas presididas por la luz que se desliza sobre sus «espejos», esos estanques que se hallan en el centro geométrico de los recintos, cuyas aguas frescas, perpetuamente renovadas, reflejan el tropismo de los azulejos y la cúpula celeste, la cúpula real del templo. Cielo y tierra se unen, pues, en ellos, y quien esto percibe no necesita explicárselo: la dimensión interna del ámbito, espiritual y metafísica, le llega a través de los sentidos. Se trata de lugares de aparición, donde se ven las cosas en el punto intermedio, el «octavo clima», el *nâ-kojâ-âbâd*, país del no-donde, es decir, el no-donde de este mundo, mediador entre las puras esencias inteligibles y el universo sensible, el Hûrqaļya, tierra de las «ciudades de esmeralda».

Éstas eran ciudades del alma, moradas suyas, mucho más complejas que aquellas «casas del alma» de los egipcios que aparecen ya durante el Imperio Medio, mágico hogar donde podía alimentarse el difunto que en forma de Aj habitaba el más allá.

Más allá... También más allá, pero más acá, están el sueño y la poderosa imaginación que aviva el intelecto. Gracias a ello, en los lugares excesivamente calurosos,

se hicieron casas con estancias y baños subterráneos, de temperatura agradable y con aire renovado. Su conjunto constituía ciudades en parte sumergidas, mientras otras directamente se labraron en la montaña, otorgando un carisma y una majestad a la roca que supera a cuanto la fantasía pueda esperar, así Petra, de belleza tan sorprendente que, deshabitada un día, sus moradores posteriores la consideraban creada por un mago.

¿Y la misteriosa Rame? ¿Y la fabulosa Iram de las Columnas, que brillaba en medio del desierto, blanca y perfecta, deslumbrando con sus jardines y sus monumentales peristilos? Ciudades mediorientales de las que hablaban ya las leyendas preislámicas, que pasaron a *Las mil y una noches* y al *Corán*, sin que haya cesado la pregunta: ¿eran Palmira, Damasco, Alejandría, Ram? Acaso un día, algún texto nabateo nos dará alguna pista, acaso su esplendor tenía el mismo origen que el de los palacios edificadas por Salomón ayudado por los genios, los *djin*, que se sumergían hasta el fondo del mar para coger perlas con que adornarlos. El que hizo en Saná para la Reina de Saba, Gumdan, tenía el techo de alabastro, de modo que dejaba ver el vuelo de los pájaros, y estaba guardado en sus cuatro esquinas por cuatro leones que rugían terriblemente cuando el viento soplaba. Estas obras fueron reales, como las ciudades del desierto de Hadramout, que surgen todavía hoy, de pronto, a la orilla de un oasis, un río cuya agua tiene el color de la tierra pero la luz lo transforma en un destello plateado. Un palmeral ondeante, y ahí está Shibam alzándose con sus rascacielos de adobe encalados en sus pisos altos, con celosías en las ventanas, con marcos, miradores en voladizo y puertas talladas, una presencia que se impone por su armonía y belleza. Cabras, gallos de pelea, niños sentados junto a los excrementos, hombres rezando junto al agua..., la gran sencillez que allí se percibe indica la posibilidad de volver a la naturaleza, la posibilidad del respeto, de recogimiento, de profunda humildad ante ella.

La ciudad respira, respira según la vida de los que la habitan y si es un fluir silencioso lo que transmiten estas del desierto, es porque sus hombres son todo ojos para mirar. Otras, en cambio, encarnaron el espíritu heroico de sus pobladores, llegando en la lucha contra el enemigo hasta la autoinmolación (Sagunto, Numancia, Masada). Y también las hay terribles en su dureza, secretas e inaccesibles (La ciudad prohibida, Alamud).

Evoco la ciudad y veo las grandes urbes actuales, y no sé si, como antaño, tienen carácter simbólico sus estructuras, pero hay un punto que distribuye espacios y es enormemente abarcador. Desde él se puede volar en todas direcciones, llegar hasta ciudades lejanas incluso de otras épocas, como las de Hadramout, que parecen no haberse movido de los comienzos de la historia. Cierto que va siendo más difícil el paseo, más difícil el diálogo, pero desde ese punto de elevación, el hombre va mucho más allá y, de noche, ya en lo alto, puede ver en la ciudad iluminada la imagen del cielo sobre la tierra e incluso la luna a sus propios pies, algo inimaginable cuando tuvieron lugar los primeros asentamientos.